



¡Somos lobos!

Rosa Ribas

Ilustraciones de Héctor Borlasca



algar

Esta es la historia de una valiente heroína.

Aunque de entrada la protagonista no parecía precisamente una heroína, porque, a pesar de ser fuerte y musculosa, no pasaba de los treinta centímetros.

Tampoco tenía la cara de una heroína, porque, aunque tenía unos ojos negros y vivos, estaban metidos en una cabezota cuadrada. Con una nariz aplastada. Muy aplastada.

Y mucho menos tenía el nombre de una heroína, ya que se llamaba Piggy.

Pero, ya verás, esta es la historia de una heroína.

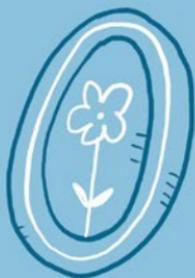
1

Piggy

¿Quién era esta tal Piggy?

Piggy era una perrita *pug* que vivía con su dueña en un piso de un bloque en una ciudad ni muy grande ni muy pequeña rodeada de montes y bosques. Con ellas vivía también un gato, Tigre.

Piggy llevaba una vida rutinaria y tranquila. Por las mañanas, desayunaba y daba una vuelta a la manzana con su dueña. Después, su dueña se iba de casa y ella se quedaba dormitando en el piso, perdón, vigilando



el piso, hasta que la dueña volvía del trabajo, porque el gato, Tigre, no hacía más que dormir. Por la tarde, un chico con zapatillas blancas tocaba el timbre del portal. Su dueña le ponía un arnés a Piggy, la bajaba a la calle en el ascensor y el chico se la llevaba a pasear otra vez.

Piggy se marchaba muy contenta con él porque después iban a buscar a Gustavo, un perro salchicha que era su mejor amigo.

—¿Qué tal la espalda, Gustavo? —le preguntaba siempre Piggy, con una voz ronca y a la vez aguda. Como los perros *pug* tienen la nariz aplastada, les cuesta respirar, y Piggy parecía estar constantemente medio resfriada.

Gustavo le decía en qué punto concreto de la espalda le dolía ese día y después pasaba a su tema preferido: el estudio de los humanos. Sabía mucho sobre ellos.

Sabía, por ejemplo, que no les gusta su propio olor y que, por eso, siempre se están lavando.

—Algunos incluso se echan perfumes para cubrirlo —decía al paso de una mujer que olía a tantas flores extrañas que los perros acabaron mareados.

Sabía que son caprichosos con las comidas.

—No como nosotros, que somos felices comiendo siempre lo mismo —decía, sin evitar salivar delante de una hamburguesería.



Sabía también que nunca hacen pipí en la calle.

—Aunque hay algunos, deben de ser superiores, que sí lo hacen —afirmaba olisqueando una mancha que no era perruna en una pared.

Sabía que tenían muy poco pelo.

—Y, claro, siempre se quejan porque tienen o demasiado frío o demasiado calor. ¡Pobres!

El chico de las zapatillas blancas también iba a buscar a tres o cuatro perros que eran bastante más grandes y tenían las patas mucho más largas que Gustavo y Piggy. Después, se iban todos juntos a un gran parque con pipicán. Allí el chico de las zapatillas blancas los dejaba correr sueltos.

Gustavo y Piggy necesitaban primero una pausa, porque, como seguían el paso de los perros patilargos, llegaban ya cansados. Los otros perros no hacían comentarios, excepto Archibald, un afgano blanco de pura raza, bastante arrogante, que muchas veces se reía de ellos.

—Déjalos en paz —le ladraba entonces Duquesa, una pastora alemana que solía llegar antes con su dueño, un hombre malhumorado que se sentaba en un banco con la vista fija en la pantalla de su móvil.

Duquesa era mayor y tenía dolores en las caderas, por eso le costaba un poco caminar y

prefería mirar cómo los otros perros corrían y saltaban.

Archibald, por cierto, tampoco jugaba, pero era porque no quería ensuciar su blanco pelo largo. Aunque, a pesar de todas sus precauciones, en cuanto llegaba a casa, lo bañaban, lo secaban, le ponían cremas y aceites especiales, y lo peinaban una y otra vez hasta que su pelaje brillaba tanto que dolía a la vista.

Normalmente, el chico de las zapatillas blancas los dejaba quedarse una media horita en el pipicán, y después todos de vuelta a casa.

Dormir, comer, pasear, comer, dormir. Así era la vida de Piggy, y a ella no le parecía nada mal.

Aunque...